

*«Hemos condenado la violencia...
La violencia no es el único ni el mejor
camino. Ni siquiera es un camino.
Los pueblos no cambian ni progresan...
sustituyendo una violencia por otra.
Quienes aceptan la violencia
no conocerán nunca la paz,
sino una tranquilidad de parálisis.»*

Estando en Roma, hace ya algunos años, el cardenal Raúl Silva estuvo de cumpleaños y los sacerdotes chilenos que ahí estábamos lo convidamos a almorzar. Me pidieron que le dijera algunas palabras.

El Cardenal no es para largos discursos. Le gusta que se vaya «al grano», especialmente tratándose de él mismo. Por tanto, le dije tres cosas y muy breves:

- Que el Cardenal había hecho pasar por la Iglesia chilena un soplo de virilidad que hacía bien.
- Que el Cardenal -cualquiera fuera la posición social de su familia- proyectaba la imagen de un hombre y de un sacerdote independiente de toda clase social.
- Y que el Cardenal tenía la capacidad de ver y de enfocar los problemas desde el punto de vista del hombre común y corriente. Me escuchó con mucha atención. Todos sabemos que suele ser parco en sus palabras. Cuando terminé me dijo: «No estuviste tan mal». Comprendí que se había sentido retratado tal cual era y tal cual quería que lo vieran.

Hoy repito lo mismo. Pero agregaría algo más.

Siempre vi al cardenal Silva Henríquez como un boxeador de peso pesado a quien le gusta el ring. Un buen boxeador requiere tres cualidades: pegar fuerte para definir la pelea; esquivar los golpes para permanecer en pie, y aguantar los golpes que no puede esquivar, para seguir peleando.

El Cardenal a veces pegaba fuerte. No era bueno para esquivar golpes, pero he conocido pocos hombres más pacientes para aguantar los golpes que no podía esquivar, para «absorber castigo», como dicen los comentaristas de box. A veces me evocaba la figura bíblica del patriarca Job: capaz de sufrir sin quejarse, de aguantar con paciencia, de esperar sin temor, de cumplir su deber -tal como él lo entendía-, viniera lo que viniera. Una faceta del Cardenal menos conocida es la del religioso, y del religioso salesiano. Hay que tener presente este aspecto. El del religioso que se levanta temprano, que dice su Oficio Divino, que celebra la Eucaristía, que medita, fiel a su rosario, exigente consigo mismo. Celoso en la atención espiritual de los jóvenes, en sus últimos años y mientras pudo pasaba horas confesando niños y adolescentes en sus colegios. Fue toda su vida fiel a su maestro Don Bosco.

Una vez me hizo una confidencia. De niño, en Talca, o en San Javier en el fundo de su familia, había aprendido de su madre -reconocida por todas las damas talquinas como una eximia cocinera- a saber cuándo un pescado está fresco o a dejar transparente el dulce de membrillo. En suma, a comer bien, en

familia, aun no siendo ricos, como se comía en aquellos tiempos en la apacible vida provincial.

-Después -me decía- vino el tiempo de salesiano en que me olvidé de esas cosas. Pero ahora que como cardenal, como arzobispo de Santiago, tengo que tener casa y debo invitar a comer a altos personeros, he vuelto a interesarme por lo referente a la mesa. En medio de las tensiones que vivo, a veces tengo la necesidad de un respiro, de un rato de alegría. Y he vuelto a sentir agrado en los inocentes placeres de una mesa acogedora, en compartir con amigos, en prepararles un aperitivo que les sea grato, en ofrecerles una comida agradable.

El Cardenal no era un hombre de mundo, ni un hombre frívolo, ni un gozador de la vida. Era un hombre austero, un hombre de deber, un luchador. Un hombre que fue muy incomprendido y muy golpeado. Su acogedora mesa de comedor fue para él un refugio, un descanso en las horas amargas.

A diferencia de otras personas, yo he admirado en el Cardenal su prudencia. El Cardenal era fuerte. Tenía gran capacidad de liderazgo. Sabía elegir a sus colaboradores, darles su confianza y ganarse su lealtad y su cariño. Sabía decir lo que había que decir sin rodeos, a veces con vehemencia, con pasión. Pero era prudente. «Los santos, que recen -solía decir-; los sabios que enseñen, pero ¡que gobiernen los prudentes!»

El fue prudente sin perder liderazgo, sin renunciar a los valores que debía defender y promover, pero sabiendo que hay que mirar al futuro, que hay que reconocer límites, elegir la manera, esperar el momento. La de él era una fuerza controlada al servicio de un proyecto que no era su proyecto, sino el proyecto de la Iglesia de Jesucristo en el Chile que le tocó vivir. Era la fuerza de un pastor, la fuerza de los Gregorios, de los Becket, de los Wichinsky, de los Woytila. Fuerte pero prudente.

Ahora, en su retiro, el Cardenal pasa largas horas con su Breviario en las manos. Apenas puede leer y a veces olvida dar vuelta las páginas. Pero se resiste a dejar su libro de oración: es un deber y fue durante toda su vida su fuerza y su refugio. Quizás esta imagen del anciano Cardenal, alejado ahora de las luchas de este mundo, apretando entre sus manos el gastado libro en que se alimentó toda su vida con la palabra de Dios, sea la que mejor exprese lo que es Raúl Silva Henríquez: un sacerdote, un religioso, un pastor, y sobre todo un fiel discípulo de Cristo, su Señor.

*Monseñor Bernardino Piñera
ARZOBISPO EMERITO DE LA SERENA*

«No puedo menos que hacer presente a todos los cristianos la gravedad de la hora en que vivimos y la enorme responsabilidad que nos incumbe. No es con la desunión ni con el odio con lo que podemos remediar los grandes males que afligen a nuestra patria; ni tampoco es con la inercia con la que lograremos la solución de los apremiantes problemas de nuestros días. Sino con la caridad, la unión, el trabajo apostólico y el sacrificio».

Para mí hablar del cardenal Silva Henríquez es hablar de quien considero uno de los grandes maestros de mi vida. Tengo por él, además de admiración y aprecio, una enorme gratitud por lo que me aportó con el ejemplo de su coherencia ética, de su sagacidad, de su inteligencia, y también de su bondad. Desde que llegué a Chile como seminarista para hacer mi práctica rabinica, en 1966, me apasionó su personalidad, su compromiso con la verdad, su manera llana, clara, sincera de decir las cosas. Y a medida que lo fui conociendo más, fui descubriendo en él eso que llamo coherencia ética. Aquello que es lo más difícil en el ser humano: vivir de acuerdo a los valores que se predicen. Siendo yo argentino de origen, habiendo estudiado en la universidad y en el Seminario en Argentina, cuando conocí en Chile a este cardenal me pareció que había conocido a una nueva Iglesia. Siempre tuve pasión por el diálogo interreligioso en general, y judeocristiano en especial. Comencé mi vocación en tiempos del Concilio Vaticano II y por tanto el tema del ecumenismo fue fundamental en mi vocación. Fuera de Chile había visto una Iglesia distante, formal, poderosa y, a veces, con mucha ambición y ansias de poder por parte de ciertos obispos. Había visto contradicciones entre la realidad y los documentos que la Santa Sede emitía sobre la relación de la Iglesia con creyentes de otras denominaciones. Y aquí encontré en don Raúl y en los sacerdotes y obispos que lo acompañaban, una coherencia, una sencillez y una profundidad que me replantean muchas de mis visiones en relación a lo espiritual.

Ya ordenado, volví a Chile en el '70 y las circunstancias que vivía el país me hicieron asumir responsabilidades que nunca hubiese imaginado. Y en todas me apoyé en la personalidad, en el carisma, en el estilo del cardenal Silva Henríquez. Muchas veces pensé en cómo él reaccionaba frente a cada situación, si yo podría recoger algo de esa sensibilidad pastoral, de esa capacidad de hacer sentir a cada uno que está siendo amado, ayudado, orientado... En cada gran paso y en cada dificultad que haya tenido, lo consulté. Más todavía cuando me llamó para que trabajáramos juntos en el Comité para la Paz que creamos en octubre del '73. Admiraba el equilibrio que era capaz de tener para enfrentar situaciones de tipo social y económico sin caer en confundir la misión del pastor con una actitud política. Y cómo supo enfocar espiritualmente los problemas de los estadistas, teniendo siempre una respuesta pastoral y religiosa para las coyunturas históricas que le tocó vivir.

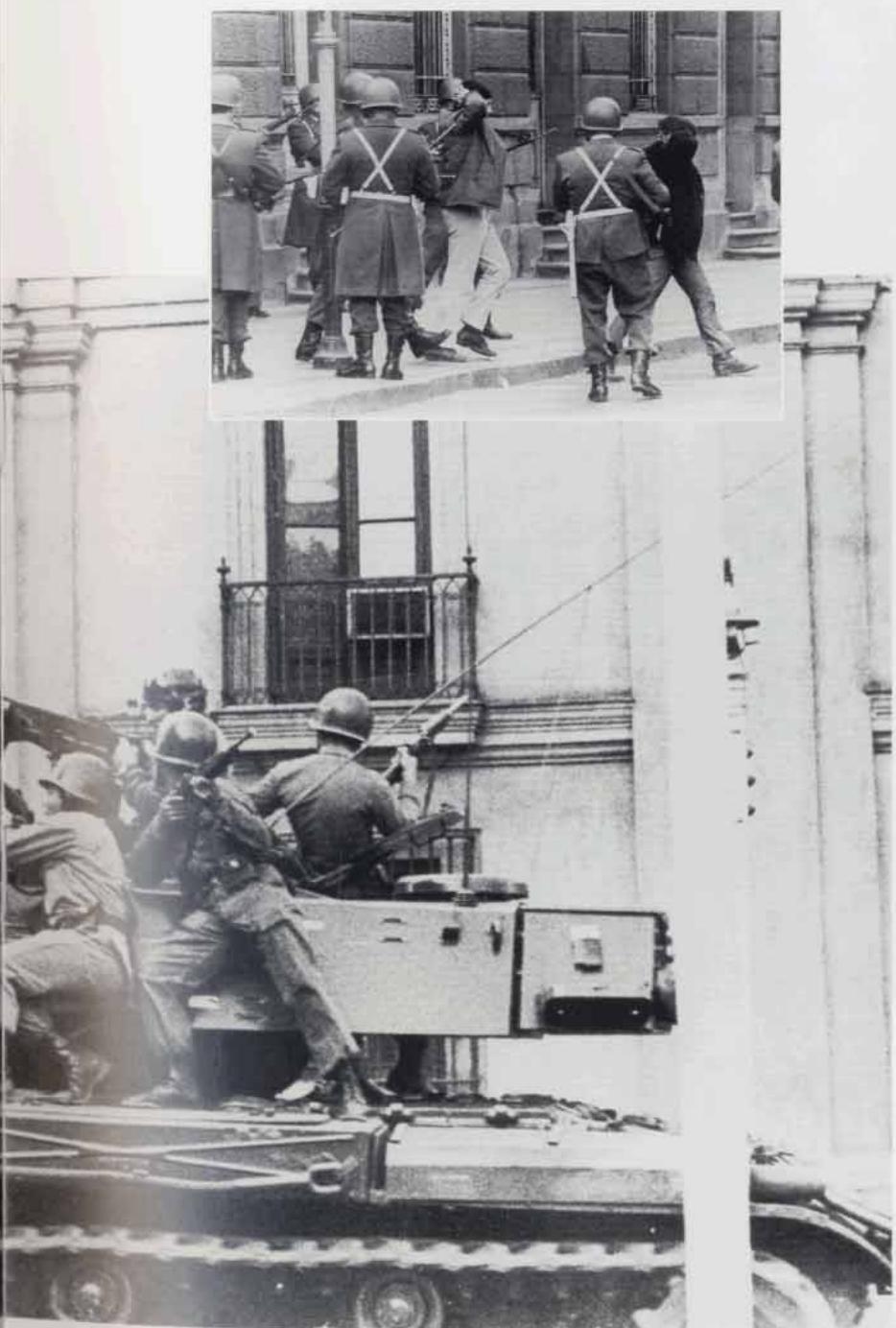
Nunca lo percibí duro ni agresivo sino, por el contrario, ecuánime, justiciero, pero cálido. Siendo un príncipe de la Iglesia, siempre sentí lo fácil que era llegar a él y conversar con él en cualquier momento. Nunca tuvo una actitud soberbia, autorreferente o hizo uso del gran poder nacional e internacional que tenía. Ni se revistió de una caparazón que lo pusiese al nivel cardenalicio de manera intocable. Eso me tiene muy desafiado. Lo conoci con la edad que yo tengo ahora y muchas veces me pregunto si seré capaz de mantener esa devoción, esa humildad, esa sinceridad y esa sencillez que él presentaba en su mesa, en su oficina en el Arzobispado o en una caminata.... Puedo dar testimonio, y supongo que cada chileno también, que cuando me decía «hijo mío» yo realmente me sentía hijo suyo.

En su relación con el judaísmo y el pueblo judío, me ha gratificado siempre su amor por el pueblo de Israel, por los «hermanos mayores en la fe» (como dice el Concilio Vaticano II), por el tronco original en el cual la Iglesia es el olivo nuevo inserto en él. Cada vez que me sentaba a su mesa, además de respetar mi dieta religiosa, me hacia sentir como representando a la tradición original. Y cuando realizamos el oficio ecuménico del 9 de septiembre de 1973 para pedir por la pacificación de Chile, entre las más de veinte confesiones religiosas representadas, me puso primero a pesar de ser de los más jóvenes: «Es que tú eres el más antiguo, de ti provenimos nosotros», me dijo.

Hace poco se cumplió un mes de la muerte de mi madre en un hogar en Buenos Aires y quise dedicar ese día a alguien que viviera en un hogar. Fui a ver a don Raúl. En las dos horas que estuve con él a veces me reconoció y recordó, otras no. Pero cuando le dije «soy el rabino» y lo hice tocar con su mano el kipá en mi cabeza, no perdió la oportunidad de insistir: «Tú sabes, hijo, cómo amo a los judíos porque el Señor era judío y la Virgen era judía».

Hemos avanzado muchísimo desde el Concilio Vaticano II hasta ahora. La confraternidad judeocristiana de Chile ha crecido mucho e internacionalmente es una de las más activas. Pero no cabe duda que el aporte que el cardenal Silva ha hecho intelectual y moralmente al diálogo interreligioso en Chile es inmenso, el más fuerte. Creo que el pueblo judío, el Estado de Israel, cada judío como cada chileno, el país y la humanidad, le deben a don Raúl esa calidad de amigo.

Rabino Dr. Angel Kreiman



No conocí personalmente al cardenal Raúl Silva Henríquez sino hasta mediados de 1974. Antes de los sucesos que ensombrecieron a nuestra patria, me había formado de él, desde lejos, una imagen difusa, no demasiado atractiva, y su designación para la arquidiócesis de Santiago no me había entusiasmado. En la ocasión que ahora recuerdo, un grupo de laicos, dirigentes obreros y algunos profesionales, fuimos recibidos por él para plantearle ciertos proyectos e inquietudes relacionados con la situación económico-social que entonces se vivía. Terminada la reunión, no pude reprimir el impulso de decirle cuánto admiraba la forma como la Iglesia, bajo su conducción, se estaba jugando por la suerte de los perseguidos, por la defensa de los derechos humanos. El Cardenal se emocionó y sólo me dijo: «Gracias por sus palabras, es nuestra obligación hacerlo, no podríamos callar...» Desde entonces el Cardenal pasó a ser para mí simplemente don Raúl, un amigo que nos recibía en su casa para escuchar nuestros puntos de vista y exponernos sus inquietudes de pastor que apoyaba -incluso con recursos por él obtenidos de fuentes externas- las iniciativas que impulsábamos. Ciertamente que él se angustiaba con el dolor de muchos compatriotas que sufrían la pérdida de su trabajo, la imposibilidad de acceder a una vivienda decente, la discriminación por motivos políticos. Pero lo que caracterizaba su personalidad era el realismo de buscar soluciones concretas, eficaces; de emprender proyectos, de vincular personas y recursos para un actuar verdaderamente empresarial. Nunca se quedó en la mera lamentación o en la exposición de un «deber ser» de tipo doctrinal, alejado de las posibilidades reales de los chilenos concretos, que eran su preocupación diaria. Así, en pocos años, fueron surgiendo las diversas iniciativas a las que estuve vinculado: la Fundación para el Desarrollo, el Sistema Financiero Campesino, la Cooperativa de Ahorro y Crédito Laboral, el Instituto de Autogestión, la Financiera de Interés Social... No se trataba de reemplazar una labor de promoción y financiamiento que en términos nacionales sólo podía emprender el Estado. Lo que se quería era demostrar -ante la ausencia de compromiso estatal en estas materias- que eran posibles proyectos de carácter piloto, a escala reducida, pero que pudieran tener un efecto demostración para la sociedad entera. Sabíamos que el período autoritario no podía durar siempre y que la futura democracia necesitaría algunas bases de apoyo para su labor de

desarrollo económico de los sectores más postergados.

Don Raúl entendía esto muy bien. Sabía que sería atacado por quienes ven una acción política -en el sentido partidista del término- en toda acción que no se ajuste a sus puntos de vista. Por eso procuraba que acogieramos en nuestros proyectos a todos los que quisieran colaborar, sin discriminaciones. Así lo hicimos y en estas iniciativas trabajaron profesionales y dirigentes sociales que venían de un amplio espectro de criterios político-sociales, con la salvedad, como es inevitable, de quienes por una confianza absoluta en el mercado desconfían por sistema de toda labor de asistencia y promoción.

Hay dos rasgos de don Raúl que quisiera destacar: El primero, su fidelidad a la Iglesia y su estricto apego a la doctrina social por ella sostenida. Siempre en sus palabras había espacio para el texto oportuno de una encíclica o de algún otro documento de la Iglesia que respaldara sus dichos. Era desde su postura religiosa y pastoral que impulsaba nuestras iniciativas y tantas otras llevadas a cabo durante sus fecundos años de gobierno de la Iglesia de Santiago. Sin embargo, respetuoso de la libertad religiosa, nunca buscó imponer actitudes religiosas a quienes colaboraban en estas actividades sin ser necesariamente católicos. Ordenado sacerdote y nombrado obispo mucho antes del Concilio Vaticano II, fue siempre un pastor post-conciliar en ésta y tantas otras materias.

El segundo se refiere a su calidez humana, su simpatía y cordialidad, siempre prodigada en la intimidad de su casa y en el círculo de sus cercanos colaboradores. A veces don Raúl presentaba ante el gran público una imagen de adustez que algunos medios periodísticos trataron de consolidar. Nada más alejado de la verdadera personalidad de este hombre campesino por origen familiar y campechano por modo de ser, lo que nada resta a su tremenda dignidad de príncipe de la Iglesia.

Para mí el cardenal Silva Henríquez ha sido un hombre providencial para Chile y nuestra Iglesia. Quizás nadie hizo más que él para tratar de impedir que nuestra patria se dividiera irreconciliablemente. No siempre logró sus objetivos, pero acercó a muchos trabajadores y dirigentes políticos alejados de la Iglesia a la fuente viva de donde emanan los verdaderos valores de libertad y solidaridad.

Sergio Fernández Aguayo
EMBAJADOR DE CHILE EN RUSIA



A través de su actitud y de sus obras, el cardenal Raúl Silva Henríquez logró darle a la Iglesia chilena un nuevo matiz. La Iglesia se abrió al pobre, al obrero, al sindicalista, al campesinado, a la clase trabajadora... Y, creando una nueva dimensión de la caridad fraterna, Chile vio un renacer de la Iglesia en favor del pueblo que se sentía marginado de ella por razones ancestrales, políticas y económicas.

Del Concilio Vaticano II, el Cardenal trajo un ambiente renovado, ágil, lleno de cambios que hicieron carne en el clero que comenzó a visualizar nuevos horizontes pastorales y teológicos. Y la defensa de los derechos humanos en que él colocó a la Iglesia chilena frente a la agresión organizada de su violación en tiempos difíciles para el país, fue otro impacto de enorme significación nacional e internacional.

El Cardenal pasó a ser «El campeón» de los derechos humanos, estructurando toda una organización de ayuda y de solidaridad con los perseguidos que le valió muchas incomprendiciones. Llegó a hacerse de grandes enemigos y hasta fue llamado «Lucifer» por destacados personajes. Pero logró servir a innumerables personas que hoy le deben su vida y su honor.

Este hombre inquieto y audaz, que iba al fondo de los problemas, ha sido un baluarte eclesial que, como Cristo según el viejo Simeón, fue un problema para muchos, un alivio para los más. Lo conocí en su oficina de Cáritas. Me impresionó su mirada limpia y profunda y me sentí desde entonces su amigo; amistad que, gracias a Dios, dura hasta hoy. Trabajamos bastante cerca en Valparaíso, luego colaboré con él en la Misión General y a mi regreso de Europa -donde me habían enviado a estudiar las Misiones Interiores- fundamos el Departamento de Misiones del Arzobispado. En 1968 creyó conveniente designarme vicario episcopal de la Zona Rural Costa de Santiago y en esa tarea lo acompañé durante quince años que, agregados a los anteriores, suman veinte años de trabajo junto al Cardenal, lo que me da un horizonte muy amplio y profundo del hombre.

Lo considero un líder en el sentido más profundo de la palabra. Hombre tímido, pero seguro de sí. Inquieto permanente, pero con apariencia casi indiferente a la vista de los demás, viendo «bajo el agua» lo que la mayoría no logra visualizar. Grandes condiciones de mando, sin dejar sentir que él manda, dejando a la iniciativa de sus colaboradores toda la libertad para obrar. Capaz de formar equipos de trabajo y de guiar con absoluta prudencia a sus

colaboradores, entregando plena responsabilidad y confianza. No es un lector apasionado. Prefiere adquirir mediante la conversación -y sobre todo en el escuchar- lo que quiere aprender. Es el hombre sociable por excelencia, requiere compañía, necesita conversar, escuchar, compartir, con-vivir. La soledad lo aísla, lo aleja, no la resiste. Es amistoso a su manera tan peculiar. Es amigo de sus amigos sin odiar a nadie y perdonando a todos.

Para el Cardenal su mesa era un centro de vital importancia. En su casa, siempre hospitalaria, conoció a mucha gente y a las más diversas personalidades del mundo clérical, político, empresarial, profesional, sindical. De Melipilla, donde me fui a vivir por mis ocupaciones, me trasladaba cada miércoles a Santiago y llegaba a su casa de Simón Bolívar. Allí alojaba y al día siguiente, después de celebrar la misa y antes de irnos al Arzobispado, lo acompañaba al mercado a comprar pescados, mariscos y frutas para el almuerzo. También lo acompañé en varios viajes a Europa y pasé algunas vacaciones con él, recorriendo Chile. Siempre fuimos muy bien recibidos. Había a lo largo del país una receptividad fabulosa a su persona y a él no dejaba de agradarle ese cariño de su pueblo por su Cardenal.

No puedo dejar de recordar la pena reflejada en su rostro cuando, un día de 1983, le conté que su sucesor me había despedido del cargo de Vicario de la Zona Rural Costa. Después de reflexionar varios días, me sugirió que me fuera a Villa Alegre, a Loncomilla, su casa solariega, donde las religiosas de los Sagrados Corazones tienen una escuela agrícola. Así fue. Me fui como capellán de las religiosas y de dos colegios hasta que el obispo diocesano me nombró párroco de Villa Alegre.

Entonces allá iba el Cardenal a pasar unos días y con qué cariño lo recibía la gente de ese querido pueblo chileno donde él se crió junto a sus padres. Cuando llegaba, se hacían sonar las campanas de la iglesia, la gente acudía, le besaban las manos y él bendecía... Y en medio de las bendiciones me decía al oído: «René, te traigo un pavo de nueve kilos y la Clementina te manda una torta para tu cumpleaños...»

Estos y muchísimos otros hechos guardo en mi memoria cargada de gratos y edificantes recuerdos de este gran obispo y amigo que en su encantadora sencillez escondía a un pastor, a un hombre sobresaliente para quien la Iglesia y Chile llenaban su corazón.

Pbro. René Vio Valdivieso

Conoci a don Raúl a principios de la década del '60, cuando él era obispo de Valparaíso y yo jefe de la Corfo en Nueva York. Llegó a mi oficina para pedirme orientación sobre tres gestiones que quería realizar: comprar una linotipia para el diario La Unión que era propiedad del obispado; conseguir los equipos para instalar una estación de televisión en la Universidad Católica de Valparaíso; y adquirir una cierta cantidad de televisores «ya que no se saca nada con tener esa estación si nadie recibe sus transmisiones». Entre los muchos que pasaban por la Corfo en busca de contactos para concretar iniciativas empresariales, este visitante me impresionó, ya que mostraba un criterio comercial y una ejecutividad que yo no imaginaba en hombres de Iglesia.

Me comentó que la televisión, que entonces era una realidad en el mundo desarrollado, más temprano que tarde llegaría a Chile: «Si las universidades no se preocupan de dar el primer paso, quizás qué bárbaros se apoderarán de una herramienta tan fundamental y delicada». Su visión le permitió ser el precursor, pero no impedir cierta proliferación de bárbaros.

Por segunda vez estuve con él cuando pasó por Nueva York en viaje a Roma donde iba a ser investido cardenal. A su regreso a Chile -también vía Nueva York- me tocó hablar en nombre de los chilenos en una comida que le ofrecieron los salesianos en el convento que tenían en New Rochelle, pueblo cercano a aquel donde yo vivía. Además, lo tuve de invitado en mi casa.

Quizás como consecuencia de lo anterior, años después, cuando yo ya estaba de vuelta en Chile, una noche me telefoneó. Su humildad queda retratada en el hecho de que cuando le contesté me dijo: «Habla con el cardenal Silva, ¿se acuerda de mí?». Esa noche me pidió que fuera uno de los diez electores que tenía derecho a designar en el Claustro Pleno que elegiría al nuevo rector de la Universidad Católica después del movimiento estudiantil que provocó la renuncia de monseñor Silva Santiago. Le agradecí el honor y la confianza y le pedí una entrevista para conocer sus

instrucciones: «Nada de instrucciones -señaló-, vote por quién usted estime el mejor». Hasta hoy no sé si hice lo que él esperaba de mí. Esporádicamente lo encontré a lo largo de los años siguientes, siempre admirando su difícil, y para muchos incomprendida, defensa de rechazados y perseguidos hijos de Dios, cualesquiera fueran su religión o color político. Pienso que él, con enorme valentía, fue la limpia conciencia de Chile en un momento de nuestra historia en que no sabíamos, o nos defendíamos de saber, la verdadera verdad.

Don Raúl avanzaba en edad pero seguía de muy buen aspecto. En uno de esos encuentros le comenté lo bien que se veía. Se rió: «Gracias -dijo-, pero yo tengo muy claro que el hombre tiene tres etapas en su vida: la de la niñez, la de la adultez, y la del qué bien te ves.»

Otro encuentro que quiero recordar se produjo en una comida, poco antes de que, por haber cumplido 75 años de edad, dejara el Arzobispado de Santiago a monseñor Fresno. Creo que dos de sus comentarios muestran un claro boceto de su rica personalidad.

Uno: «Hace pocos meses designaron presidente de la Corte Suprema a Rafael Retamal. Somos buenos amigos, ya que fuimos compañeros de curso y de banco en la escuela, allá en Talca. No deja de intrigarme que a él, que tiene la misma edad que yo, se le entregue la máxima responsabilidad del Poder Judicial justo cuando a mí -muy sabiamente- se me estima viejo para dirigir la Iglesia de Santiago».

El otro: «Algunos, especialmente en las esferas de gobierno, están muy contentos de que yo me retire y, sobre todo, de que me cambien por Pancho Fresno. Se van a llevar una sorpresa y una desilusión. Pancho y yo pensamos mucho más parecido de lo que ellos creen. Lo que pasa es que Pancho es más simpático».

*José Zabala de la Fuente
PRESIDENTE HOGAR DE CRISTO*

«Nada de lo que se ha hecho se habría podido hacer sin la inmensa generosidad de miles de personas que han querido dar un testimonio de amor a sus hermanos. Yo recibo los aplausos... pero son ustedes los que han hecho que la familia de Dios en Santiago esté más unida».



ABRIENDOLE ESPACIO A UN CARISMA EN LA IGLESIA

Por monseñor Francisco Javier Errázuriz, obispo de Valparaíso.



«Comencé a conocer mejor el Movimiento de Schoenstatt, a admirarlo y a quererlo. Sin embargo había cosas que me parecían difíciles de comprender: el fundador estaba relegado en Milwaukee desde hacía diez años (...) Pregunté las razones de esta medida tan dura. Nadie me supo decir claramente por qué (...) En mis viajes a Roma pregunté al Santo Oficio qué había sobre el P. José Kentenich y, a pesar de mi rango de cardenal, un padre dominico me dijo cortésmente que no preguntara porque era inútil. Realmente para mi mentalidad de abogado, conocedor del derecho procesal y del derecho que tienen las personas a su defensa, los procedimientos usados con el Padre me desconcertaban totalmente. Parecía que estábamos en la Edad Media». (Cardenal Raúl Silva Henríquez)

¿Qué habrán pensado los otros cardenales que asistían a la celebración del centenario del nacimiento del fundador del Movimiento de Schoenstatt, cuando percibieron la pasión con la cual el famoso cardenal chileno, que luchaba por los derechos humanos en su patria, también había luchado en la Iglesia por el derecho a la legítima defensa de un sacerdote que él estimaba como un hombre de Dios? Esa misma tarde -septiembre de 1985- quiso conversar conmigo el Cardenal Sebastián Baggio. Impresionado por las palabras de don Raúl, especialmente por el párrafo que hemos recordado, me confidenció: «Ese tiempo anterior al Concilio Vaticano II fueron años difíciles para la Iglesia; algunas congregaciones religiosas creyeron hacerle un favor a la Santa Sede, poniendo a su disposición sacerdotes que no sólo eran grandes estudiosos, sino también hombres escrupulosos, de criterio estrecho». Por esos caminos, no fueron pocos los grandes teólogos y los iniciadores de nuevas obras en la Iglesia, llamados a adelantar la renovación que impulsaría el Concilio, que sufrieron durante los años previos. Se puso en duda su ortodoxia o su espíritu eclesial, fueron marginados, y tuvieron que demostrar su amor a la Iglesia desde el silencio de la cruz. Pero no sería justo escribir sobre la cercanía con la cual nuestro cardenal acompañó, aconsejó y apoyó al Padre José Kentenich y a su fundación, si la viéramos solamente desde la perspectiva del abogado. La defensa de los derechos humanos, como expresión de su pasión por la dignidad de cada hijo de Dios, fue una de sus

razones. Pero a ella había que agregar otras de no menor importancia. A menudo recordaba la historia del propio fundador de su congregación, San Juan Bosco, y se entusiasmaba al pensar que Dios esperaba que él le abriera espacio en la Iglesia a otro fundador. Con ese ánimo y con espíritu visionario, soñando con el bien que la nueva comunidad haría en la Iglesia, nos alentaba a ser generosos, a ser hombres de oración y a tener una vida espiritual profunda, arraigada hondamente en Nuestro Señor, como también a comprometernos con el amor a la Santísima Virgen del fundador y de nuestro pueblo.

Y siempre se hacía presente un tercer factor, tan humano como cristiano: su corazón bondadoso de padre que reaccionaba con valentía ante la injusticia y con ternura ante los pobres y los afligidos, y que no quiso abandonar a su suerte a un puñado de sacerdotes chilenos. Habría sido algo del todo contrario a su manera de ser y a su compromiso con la gente joven. Eramos alrededor de veinticinco sacerdotes, recientemente ordenados, y unos quince seminaristas cuando, en 1966, nos aceptó transitoriamente como parte del clero de la arquidiócesis de Santiago y erigió la Fraternidad Padres de Schoenstatt para darnos un alero en la Iglesia. Las circunstancias nos habían obligado a dejar la comunidad en la cual nos habíamos formado, la Sociedad de los Padres Palotinos, y la casa nueva aún no estaba construida: el Instituto secular al cual pertenecemos.

Así nos acogió como padre y pastor.

Para valorar adecuadamente lo que hizo el Cardenal por la Familia de Schoenstatt y por nuestra comunidad sacerdotal en Chile, hay que recordar algunas intervenciones suyas, propias de alguien que pone en juego aun su propio nombre por la causa del Evangelio. Las recordaremos en orden cronológico.

Cuando el fundador estuvo separado de la obra, se produjo en Chile una división muy conflictiva en el Movimiento debido a interpretaciones diferentes del carisma. No había ninguna instancia que tuviese la autoridad necesaria como para zanjar el desacuerdo. La división resultaba particularmente dolorosa y escandalosa en un Movimiento que valora la alianza de amor de Dios con los hombres y de éstos entre sí como la raíz de su espiritualidad. Con mucha



razón los obispos prohibieron la aceptación de nuevos miembros. Poco tiempo después, en 1961, fue el obispo de Valparaíso, monseñor Raúl Silva Henríquez, el primero en recibir a los jóvenes que venían a pedirle «enardecidos» que levantara la medida. Dice de sí mismo don Raúl: «El obispo, que siempre ha tratado con jóvenes y que siente una gran debilidad por ellos, le dice al atónito secretario que los haga pasar». Para formarse un juicio sobre la situación, nombró a un sacerdote de su confianza, don Wenceslao Barra, para que participara «en las reuniones de estos jóvenes que parecen locos buenos. Los informes fueron muy buenos; el obispo (don Raúl sigue refiriéndose a sí mismo en tercera persona) entendió que era ésta una organización que nacía en la Iglesia entre dolores de parto, y también se convenció de su bondad, habló con sus hermanos obispos y les manifestó que en su diócesis él creía que no había motivo para aplicar la prohibición dada». Este fue su primer contacto con el Movimiento de Schoenstatt, del cual sabía muy poco hasta ese entonces. Con amplitud de espíritu comprendió los problemas como dolores de parto, y se propuso ayudar para que la criatura contemplara plenamente la luz del día. Sus próximas intervenciones tuvieron lugar en Europa. Por esos años los obispos de todo el mundo se encontraban con frecuencia en Roma. Se sucedían en la Ciudad Santa las sesiones del Concilio. El encuentro ecuménico profundizaba en ellos la conciencia de ser corresponsables con el sucesor de Pedro por los destinos de la Iglesia universal. En una de las primeras reuniones, el cardenal de Colonia levantó su voz contra la manera de hacer uso de la autoridad del Santo Oficio. Para la reforma de la «Suprema Congregación» fue tan importante la queja del cardenal Frings como la decisión del moderador de la sesión de impedir que el cardenal Alfredo Ottaviani, que dirigía el Santo Oficio en nombre del Santo Padre, creyera que podía hacer uso de la palabra más allá del tiempo ofrecido a todos los padres conciliares por el reglamento. En las discusiones y votaciones de un Concilio ecuménico, salvo el Santo Padre, todos los participantes tienen iguales derechos y deberes. En ese clima de libertad evangélica y de corresponsabilidad apostólica, el cardenal arzobispo de Santiago fue uno de los padres conciliares que logró articular y unir los pareceres de obispos latinoamericanos con obispos europeos y africanos. Sus conversaciones abarcaron no sólo los temas del Concilio, sino también otros asuntos en vista del bien de la Iglesia. Entre ellos, también la liberación del Movimiento de Schoenstatt de cuanto le impedía desarrollar su misión en el mundo. Quería salvar un carisma que contaba con todo su aprecio, para que fuera muy fecundo en la Iglesia. Así logró unir a la suya las voluntades de dos padres conciliares alemanes, el cardenal Joseph Frings de Colonia y el cardenal Julius Döpfner de Munich, y la del legendario arzobispo de Bukoba (Tanzania), el cardenal Rugambwa, para pedirle

directamente al Santo Padre que devolviera la causa del Movimiento de Schoenstatt a los cauces ordinarios de la Congregación para los Religiosos, de los cuales había sido apartada con la intervención del Santo Oficio. Así sucedió en 1963, a pesar de la resistencia del cardenal Ottaviani.

A veces ocurre en la Iglesia que un nuevo carisma surge, por así decirlo, en el seno de una familia religiosa. Siendo un nuevo don del Espíritu Santo, no nace como un hijo de la comunidad a la cual pertenecen los llamados a fundar, sino como un carisma nuevo, expresión de la creatividad de Dios y de su amor gratuito al mundo. Así ocurrió con el carisma de Schoenstatt. La nueva familia espiritual dio sus primeros pasos con el apoyo de la comunidad de la cual era miembro el Padre José Kentenich: la Sociedad fundada por San Vicente Pallotti. En tales casos, el desarrollo espiritual y organizativo, la originalidad del nuevo carisma y su expansión universal, exigen que la nueva fundación adquiera, en su momento, plena autonomía. A veces es un proceso doloroso que se complica cuando la congregación que acompaña la infancia y la adolescencia de la nueva criatura no logra entender su originalidad y cree que puede mantener sobre ella una tuición o una autoridad que no le corresponde. Normalmente la mayor o menor sabiduría de las direcciones generales son un factor decisivo para evitar conflictos innecesarios o para provocar situaciones traumáticas. También en el proceso que concedió plena autonomía a la obra de Schoenstatt, le cupo al cardenal Silva Henríquez un rol decisivo. Con sus consejos y su juicio favorable, apoyó la declaración de autonomía de la fundación, la que fue decretada en octubre de 1964. Pocos meses después, abogó en favor del fundador, para que concluyera su «exilio». Haciendo memoria de ese tiempo, relata: «Tuve muchas oportunidades de hablar sobre el Padre, tanto con sus hijos como con sus opositores. Cada vez fui adquiriendo la convicción de que el Padre Kentenich era un hombre de gran virtud y de innegable talento, con una visión de la Iglesia, de su futuro, de la acción del laicado, que me parecía profética. Su gran devoción a nuestra Madre, la Virgen Santísima, acabó por conquistarme plenamente y me sentí llamado, por el Señor, a ayudar a este hombre de Dios y a su hermosa obra». El mismo día en que el P. Kentenich llegó a Roma después de haber tenido que vivir lejos de su obra por espacio de 14 años, para tratar de su situación con el Santo Oficio, recibió un llamado telefónico de nuestro cardenal. Era la primera vez que hablaba con él. A Milwaukee no había querido ir nunca, para que nadie dudara de su objetividad. Esa tarde don Raúl había tenido audiencia con el Papa Paulo VI. Junto con saludar al fundador, quería ofrecerle sus buenos servicios para hacer llegar una carta suya al Santo Padre. Los acontecimientos siguientes los narró el Cardenal con las

siguientes palabras: «Se le sugirió que pidiera su retiro de la Congregación Palotina. El Padre me dijo que éste era el paso más doloroso de su vida: él amaba a su congregación. Lo animé a que hiciera lo que se le sugería de parte de la Santa Sede, era indispensable para que recuperara su libertad y pudiera dedicarse por entero a la obra que Dios le había inspirado. Redactamos juntos la carta que pedía al Santo Padre lo liberara de sus promesas, haciendo presente la pena que esto le causaba, pero que creía ver la voluntad de Dios en ello. La Santa Sede accedió inmediatamente a su petición». En su defensa del Padre Kentenich ante el Santo Padre, el Cardenal se expresaba con gran libertad y franqueza. En una ocasión el Papa Paulo VI le preguntó si no estimaba que había algo de culto a la persona del fundador. La respuesta de don Raúl no se hizo esperar. Contestó: «Santidad, no conozco santos verdaderos que no hayan sido venerados por sus hijos espirituales ya en vida».

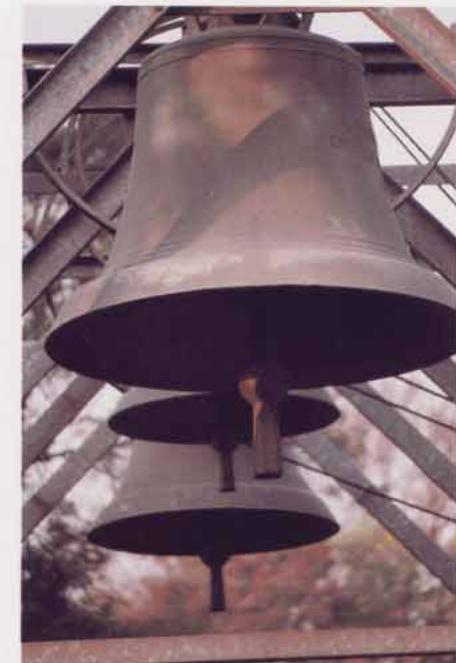
Cuando el Padre José Kentenich, celebró con los representantes de todas las comunidades que había fundado, en octubre de 1967, un nuevo aniversario de Schoenstatt, fue el Cardenal quien, como postre signo de su apoyo y benevolencia, presidió la Eucaristía en la Iglesia de peregrinos, junto al primer santuario. Si mal no recuerdo, fue el primer cardenal que peregrinó a la tierra originaria de Schoenstatt.

Son muchos los signos de confianza y de aliento que don Raúl nos brindó en Chile. No quisiera terminar estas líneas sin recordar dos gestos suyos de gran significado. El primero tuvo lugar en septiembre de 1965. El capítulo general de los padres palotinos ya había decidido que la espiritualidad y la pedagogía de Schoenstatt dejarían de ser parte del patrimonio de las provincias y regiones palotinas que las habían asumido. La Santa Sede ya había dado luz verde para la fundación del Instituto secular al cual ingresaríamos una vez que fuesen aprobadas sus constituciones. La dirección general de los padres palotinos envió a Chile al superior de la provincia madre de Limburgo como visitador. Como abandonaban la Sociedad palotina prácticamente todas las vocaciones chilenas, llegó con la decisión de trasladar a otros países a los padres alemanes que no ingresaran al nuevo Instituto. Dejarían de existir los padres palotinos en Chile. La medida era muy dolorosa para todos. El visitador estaba sumamente molesto. Sus enojos los vaciaba sobre el Padre Carlos Sehr, que había sido el superior que nos había acogido y acompañado durante largos años. Entre otras cosas, ambos discutían sobre el destino de las casas y de los pocos bienes. El Padre Carlos Sehr, sumamente afligido por la presión y las acusaciones del visitador, fue a casa del Cardenal a pedirle un consejo. Volvió aliviado, radiante: «El Cardenal piensa que las casas son bienes que necesita la Iglesia chilena y que deben conservar su

finalidad apostólica. Y me trató como un padre. Me pidió que lo mantuviera informado y que regresara si lo necesitaba. Considerando injusto el trato que se me da, ha querido darme su respaldo. Dictó un documento que nunca habría tenido la osadía de pedirle. Me nombró su representante personal en las conversaciones con el visitador».

Otro notable gesto suyo fue el siguiente. Entre comienzos de 1966 y mediados de 1973, la Santa Sede no permitió que nuestro Instituto pudiera incardinar a sus miembros. Se pensaba que los miembros de los institutos seculares de presbíteros debían ser sacerdotes diocesanos. En Chile éramos sacerdotes diocesanos de Santiago. Recién en 1973 nos concedió la Santa Sede la facultad de adscribir los miembros de la comunidad al Instituto. Mientras en Suiza un gran número de padres fueros distribuidos por los obispos respectivos en trabajos parroquiales, don Raúl optó por un camino diferente, abierto por su fe en la Providencia divina y por su generosidad. Puso todos los sacerdotes a disposición de los superiores del nuevo Instituto, para que éstos les confiaran los trabajos más acordes con el carisma de la nueva fundación. Es más, cuando necesitaba un sacerdote para las actividades de la arquidiócesis, él le preguntaba al superior si podría liberar a alguien de otros trabajos, para ponerlo a su disposición. Desde un punto de vista jurídico, se trataba de uno de sus sacerdotes diocesanos, del cual podía disponer libremente conforme a las normas del derecho. Pero nunca hizo valer este argumento. El quería respetar la gestación de un nuevo instituto en la Iglesia, y como signo de apoyo y de confianza le concedía, desde el inicio, la misma autonomía que tendría más adelante. Para otorgarla, no firmó ningún acuerdo escrito. Todo era una muestra de su confianza y de su fe en los planes sabios de Dios. Más tarde fue el primero en apoyar nuestra petición a la Santa Sede, con la cual solicitamos el reconocimiento de nuestra estructura definitiva, conforme al carisma fundacional.

Muchos años más tarde, cuando el Cardenal ya era arzobispo emérito de Santiago y yo residía en Schoenstatt, un buen día recibí un urgente llamado telefónico. Don Raúl estaba en Bonn y necesitaba conversar conmigo esa misma tarde. Llegué a la casa religiosa donde alojaba. Me saludó con mucha cordialidad y me invitó a cenar a un restaurante italiano vecino. La impostergable urgencia tenía dos vertientes: deseaba huir con gente amiga de los panes y los embutidos, como él decía, con los cuales los religiosos alemanes solían cenar... y quería recordar tantas cosas asombrosas que Dios había hecho en los años de su gobierno pastoral.





«La gran familia de los chilenos sufre. En Chile hay pobreza... Las desigualdades sociales y la marginalidad de inmensos sectores son una llaga abierta en nuestra conciencia de chilenos y de cristianos.»



Mi primer encuentro con el entonces padre Raúl Silva se remonta a los años '50. Yo era párroco de Nuestra Señora de Guadalupe, en la calle San Pablo, en una zona conocida como «El Blanqueado», cuya característica predominante era la pobreza. Había hambre y los niños, con sus miradas poco lúidas, requerían el pan de cada día.

Ya se hablaba de Cáritas. De la ayuda en alimentos que llegaba a través del Catholic Relief Service. De modo que, sintiéndonos interpelados por el hambre, el padre Alceste Piergiovanni y yo nos encaminamos hacia Erasmo Escala 48 para ver la posibilidad de contar con esa ayuda: ¡Dar de comer al hambriento era nuestra prioridad! Nos recibió el padre Silva que ya tenía el cargo de presidente de Cáritas Chile. Durante la entrevista se paseaba incansablemente. Dicho sea de paso, difícilmente se le encontraba sentado detrás de su escritorio, sin embargo, nunca tuvo prisa para escuchar. Parecía un hombre severo, pero me atrevo a definirlo, sin temor a equivocarme, como un hombre más bien austero, probo, de no muchas palabras; un hombre que sufría tremadamente la soledad. A menudo me llamaba por teléfono para convidarme a comer y muchas veces me preguntó: «¿Por qué a mí?, si no tengo nada que ofrecerte». Fue con el tiempo que aprendí que estando cerca significaba compañía para él.

En nuestro primer encuentro el padre Raúl tocó el tema de los niños y nos preguntó si en Italia, nuestro país de origen, habíamos realizado alguna experiencia con ellos. De inmediato pudimos percibir la figura del salesiano por su amor a los menores y a la educación. Luego nos pidió que, por favor, le hiciéramos la traducción al español de dos textos en italiano que le interesaban, y cuando llegamos con las traducciones -ciertamente poco castizas-, nos propuso dar vida al Departamento de Colonias y Campamentos.

Aceptamos la aventura.

En poco tiempo se adquirió la casa de San Alfonso y recibimos de regalo un terreno en Pichidangui que fue puesto a disposición de las colonias infantiles. Además, se dio vida a un curso de voluntariado y compramos cuatro buses Pullman para trasladar a los niños.

Todo esto con el beneplácito del padre Silva.

En 1962 Cáritas Chile publicó un libro de juegos y cantos para las colonias y él hizo la presentación:

Mi querido niño:

La caridad de los buenos te ha llevado a gozar unos días en la montaña o frente al mar.

Alégrate con los prados verdes y los picachos nevados.

Contempla el cielo y las estrellas.

*Goza con el sol y con el mar.
Escucharás un himno grandioso:
el canto de todas las cosas de Dios y Señor.
Une tu voz pura y cristalina al canto de toda la Creación.
Hazlo por medio de este libro hecho para ti.
Canta sus canciones y juega sus juegos.
Vive alegremente con la conciencia tranquila
y la belleza de la Tierra te hablará de la hermosura de Dios.
Llénate de salud con los dones del Señor
y reza una oración para los que te hacen el bien en su santo nombre.
Te desea felices vacaciones.
Tu amigo,*

Raúl Silva Henríquez

Como la gran preocupación del Cardenal ha sido la familia, al asumir yo el cargo de vicepresidente ejecutivo de Cáritas Chile me manifestó su interés por crear un departamento de vivienda destinado a las familias más modestas. De él nació INVICA y así fueron surgiendo tantas otras obras, como la Cruzada del Servicio Voluntario y la Escuela Nacional de Capacitación -ENAC-, la obra más importante de Cáritas Chile donde más de 130.000 alumnos han recibido los beneficios de una escuela que alterna el saber con una formación espiritual y moral.

Le tocó vivir momentos difíciles al Cardenal. Sin embargo, siempre tenía la esperanza que vendrían tiempos mejores. A los pocos días de la toma del Palacio de La Moneda, los generales que formaron la Primera Junta Militar de Gobierno le pidieron audiencia. Luego del saludo protocolar, los cuatro visitantes fueron dando su visión para justificar el hecho: todo era para erradicar el comunismo de nuestro país. Terminaron sus intervenciones un tanto sorprendidos por no haber sido interrumpidos por el Cardenal. Fue entonces cuando él tomó la palabra y casi en un suspiro les dijo: «Traten de no quitarles a los obreros los beneficios que han podido obtener en el pasado; no podemos olvidar que son seres humanos». Y no agregó palabra alguna. Guardo en mi corazón muchos recuerdos de él que me han marcado para toda la vida. Por ello, no puedo dejar de decir que el Cardenal fue un gran maestro para mí.

Gracias monseñor Raúl Silva Henríquez por haberme dispensado su amistad y por haberme dado la posibilidad de acompañarlo en el camino del Buen Samaritano.

Baldo Santi Lucherini, OMD.

VICEPRESIDENTE EJECUTIVO CÁRITAS CHILE

LA VISITA DE UN PASTOR

Con el deseo de estimular más la vida de la Iglesia, en 1982 invitó al señor cardenal Raúl Silva Henríquez a Antofagasta. La visita se planificó junto con él y recuerdo muy bien su disponibilidad y cómo comprendía las razones de esa visita con un profundo sentido de Iglesia. El había estado antes ya en Antofagasta y yo mismo lo había encontrado allí en 1966, cuando la ciudad cumplía cien años y su obispo monseñor Francisco de Borja Valenzuela Ríos había invitado a un gran número de obispos de Chile.

En la ocasión que recordamos, el cardenal Silva Henríquez, acompañado por el padre Gustavo Ferraris, llegó a Antofagasta el viernes 6 de agosto de ese año 1982. Al aeropuerto concurrieron muchas personas, algunos cursos de colegios y niños de hogares de la Iglesia. De allí fuimos a la Catedral, donde había adoración al Santísimo y, antes de la bendición, el Cardenal dirigió unas emotivas palabras de encuentro con los fieles ante Jesús Sacramentado, animando a esa práctica de adoración. Luego, después de la bendición y de saludar a los centenares de fieles ahí reunidos, fuimos a la Intendencia para a saludar a las autoridades. La razón era hacer presente su misión evangelizadora a todos, sin excepción. En la noche tuvo una reunión masiva con educadores. El mundo de la educación es fundamental en la vida de toda comunidad y hay que valorar, entonces, a los educadores. Sus palabras fueron muy orientadoras, ya que él mismo había trabajado durante mucho tiempo en educación.

Al día siguiente, sábado, se reunió en la mañana con sacerdotes, diáconos, religiosas y miembros de institutos seculares para reflexionar sobre la vida de la Iglesia y de su servicio al mundo. Despues, en un ambiente muy fraternal, todos pudieron compartir con el Cardenal un almuerzo, y más tarde nos dirigimos con él a la Ermita de la Virgen del Carmen del Salitre y del Cobre, en pleno desierto. Unos cinco mil fieles lo acompañaron para orar por la región y por la patria, expresando su amor y devoción a la Madre de Dios.

El día concluyó con una Santa Misa en la Catedral, celebrada especialmente para los trabajadores. Fue muy emotivo ese encuentro con los obreros, mostrando a Jesús como uno de ellos, cuando por años trabajó como carpintero. Así, el trabajo de todos adquiría mayor valor.

Una cena con profesionales católicos, en que se conversó acerca de su aporte en el mundo del trabajo, marcó el final de la jornada.

El domingo, temprano en la mañana, hubo una misa en la Catedral dedicada especialmente a las familias, para estimular y ayudar a la vida familiar en sus diversas proyecciones, desde el interior del matrimonio hasta acompañar a los hijos en la orientación de sus vidas.

Por la tarde, en el Hogar de Ancianos de las Hermanas de los Ancianos Desamparados, tuvo una reunión con los dos hogares de ancianos existentes y con todos los clubes de ancianos de la ciudad. Con humor, el Cardenal se presentó como un anciano más que estaba pronto a jubilar. Dio hermosas orientaciones para ese período de la vida y gozó viendo las representaciones artísticas que hacían varios de los clubes.

Sin embargo, como la reunión se alargaba mucho, fue necesario interrumpirla porque el Cardenal debía ir al Colegio San Luis de los jesuitas, donde lo esperaban los jóvenes. Fue un encuentro grandioso en número y en el mensaje que el pastor ofreció a los jóvenes y a sus formadores. Todos se lo agradecieron muchísimo. Pero fue, también, una tarde muy densa y con humo, por lo que el señor Cardenal me dijo, al final, que necesitaba descansar.

El lunes, temprano, el Cardenal celebró la Santa Misa para quienes trabajaban en la acción social, y más tarde visitó la cárcel. Hizo un recorrido por todo el establecimiento y después se reunió con los internos, dándoles un alentador mensaje para los días difíciles que transcurren para un privado de libertad. Los internos también le agradecieron y le ofrecieron interpretaciones musicales. Impresionó el testimonio de uno de ellos que le expresó su reconocimiento por

dedicar «ese tiempo de su vida a visitar a los presos». Luego el señor Cardenal, fuera de programa -simplemente porque pasábamos por ese lugar- quiso entrar a una de las secciones de Tramacá para saludar a los trabajadores que preparaban los buses para los viajes. Fue muy impactante para todos esa visita y ver la cercanía del Cardenal con ese mundo del trabajo. En la tarde tuvo un encuentro con un gran número de religiosas y laicos que trabajaban en catequesis, el cual fue también de gran estímulo y ayuda para ese personal apostólico en una tarea fundamental para la Iglesia. Y con este programa finalizó su visita a Antofagasta, regresando a Santiago a las siete de la tarde.

La presencia del señor Cardenal tuvo una cobertura de prensa muy destacada. Quiero referirme a tres aspectos de sus declaraciones a la prensa: «Pasamos por tiempos difíciles. La Iglesia ha estado en vela y expuso su parecer previniendo sobre los errores. No siempre hemos sido escuchados. Cuántas lágrimas y angustias pudieron evitarse si alguien hubiera tomado en cuenta nuestros puntos de vista. Quiero darles... una gran esperanza: los grandes valores que defendemos no mueren ni podrán morir. Debéis mantener la fe en que es posible recuperar aquellos valores que hoy parecen perdidos. No se desilusionen, porque viviremos una etapa de renacimiento de nuestra patria a la luz de la justicia, la paz y el amor.»

Otro tema que abordó al hablar de la familia fue: «Una ley de divorcio debilita desde su raíz la estabilidad y el compromiso del amor conyugal y nunca una ley permisiva ha favorecido el mayor bien de la familia, que es lo que más defiendo y quiere la Iglesia.» Finalmente, el Cardenal procuraba fortalecer la comunión en la Iglesia: «A los católicos les es permitido tener cierta actitud crítica respecto a sus pastores, que son hombres con defectos, como los demás hombres, aunque investidos de una autoridad que no es humana. Sin embargo, una disidencia con la posición de la Iglesia manifestada explícitamente por sus legítimos pastores, en comunión con el Papa y con el respaldo de las enseñanzas oficiales de la Iglesia universal, es ciertamente pecaminosa, por no decir herética.»

Mi comentario, en la prensa, después de la visita del Cardenal, fue hacer notar su carácter misionero y fraternal, y la acogida que tuviera en Antofagasta con afecto y respeto, pues se habían hecho presentes delegaciones de Taltal, Tocopilla, Mejillones, María Elena, Pedro de Valdivia y Baquedano. El Cardenal siempre habló con optimismo, dando aliento y esperanza, porque era una visita de fe. Dimos gracias a Dios por la visita de un Pastor.

+ Carlos Cardenal Oviedo Cavada
ARZOBISPO DE SANTIAGO



EL CARDENAL Y LOS DERECHOS HUMANOS

Por Máximo Pacheco G.



Rindo este homenaje al señor cardenal, don Raúl Silva Henríquez, para testimoniarle nuestro reconocimiento por la valiosa y trascendente labor que ha realizado en defensa de los derechos humanos en Chile.

Al hacerlo, estoy cierto de representar el sentimiento de la inmensa mayoría de los chilenos que reconocen en él a una personalidad extraordinaria que dirigió a la Iglesia de Santiago durante veinte años, bajo cuatro gobiernos con ideologías y características muy distintas: los de los presidentes Jorge Alessandri, Eduardo Frei Montalva, Salvador Allende y Augusto Pinochet. Durante todos ellos entregó con claridad su pensamiento inspirado en el Evangelio y en los Sumos Pontífices, y mantuvo una sola posición: la de la defensa de la dignidad de las personas.

Despertó en la gran masa del pueblo una admiración y un cariño creciente, sin perjuicio de que sectores minoritarios lo criticaran con dureza e injusticia.

Una de las características de la acción del cardenal Raúl Silva Henríquez ha sido la capacidad de responder con imaginación a las necesidades pastorales que se le presentaron.

Cuando la situación política hacía que muchos hombres y mujeres sufrieran la represión, él creó el Comité Pro Paz en conjunto con otras iglesias y confesiones. Cuando la situación de los obreros y de sus dirigentes sindicales pasaba por momentos de aguda crisis, estableció la Vicaría de la Pastoral Obrera para que apoyara sus organizaciones y formara líderes populares. Preocupado por la suerte de una serie de profesionales de gran valor que no tenían dónde investigar, fundó la Academia de Humanismo Cristiano. Al ver la necesidad urgente de formación juvenil inició la Vicaría para la Educación, la Vicaría de la Pastoral Juvenil Extraescolar y la Vicaría de la Pastoral Universitaria. Y, con el objeto de defender los derechos humanos, estableció la Vicaría de la Solidaridad: «La Vicaría de la Solidaridad es la expresión de nuestro amor hacia los perseguidos, hacia los pobres; la expresión de nuestro deseo de que se respeten los derechos de todos los hombres. Hemos ayudado a muchas personas, hemos salvado muchas vidas en esta lucha tan violenta que es la revolución, porque las luchas entre hermanos son las más violentas», dijo en una entrevista de ANSA, en febrero de 1981.

Mucho se puede decir del pensamiento y de la obra del cardenal Raúl Silva. Sin embargo, en esta oportunidad quiero destacar,

especialmente, los grandes servicios que él ha prestado en la defensa de los derechos humanos en Chile.

A través de la organización del movimiento por los derechos humanos, muchos chilenos despertaron a nuevas exigencias y, lo que es más valioso, descubrieron otra dimensión de la fraternidad, mediante la cual hombres de distintas ideologías podían transformarse en constructores de una sociedad más humana, en unidad de propósitos esenciales, sin abandonar sus particulares puntos de vista.

Por ello los grupos humanos que integraban estas instituciones, la vida cotidiana de ellas y la eficacia en la consecución de los objetivos propuestos, se transformaron en la realidad que expresó los contenidos ideológicos que los inspiraban, luchando permanentemente por evitar contradicciones entre lo que se proponían y la realización de lo propuesto.

La obra del Cardenal en favor de los derechos humanos se inspiró siempre en los principios esenciales que le dan contenido y legitimidad a estos derechos.

En primer término, él no entendió la causa de los derechos humanos como una dimensión exclusiva del mensaje de la Iglesia Católica, sino como un valor universal de todos los hombres, cualquiera fuera su credo religioso o filosófico. Por eso los organismos creados por él para defender los derechos humanos aceptaron la colaboración de todos los que creían encontrar en ellos un buen lugar para luchar por esta causa, no importando sus particulares ideologías.

Esta actitud le trajo al Cardenal un gran número de ataques personales. Se le acusó de permitir que la Iglesia fuera infiltrada y utilizada como organismo de fachada para la acción política partidaria. En el fondo, se le acusó de no haber querido practicar la discriminación entre las personas que querían trabajar en favor de los derechos de todos los hombres.

En segundo lugar, el Cardenal no aceptó la reducción de la causa de los derechos humanos a sólo algunos de ellos, por importantes que fueran, pues sabía que todos tienen la misma trascendencia derivada de la dignidad del hombre. Entre éstos, sin embargo, tuvo una especial preocupación por los derechos de los más pobres, de los más humildes, de los desposeídos: «Nadie puede excusarse ante la miseria de su hermano alegando que no tiene culpa, o que ni el contrato ni la ley lo obligan a hacer algo para